

LA DÉCADA DEL “BOOM”: 1960-1970

HUMBERTO ARENAL

[1926]

Cubano. Nació en La Habana. En 1948 salió de Cuba para los Estados Unidos y no volvió hasta poco después del triunfo de la Revolución. Director de teatro y colaborador en las principales revistas nacionales. Autor de la primera novela de la Revolución cubana, El sol a plomo (1959); de otra novela, Los animales sagrados (1967); y de dos pequeñas colecciones de cuentos, La vuelta en redondo (1962) y El tiempo ha descendido (1964). De ésta proviene “El caballero Charles”. [Nota de Pedro Porbén: Arenal recibió el Premio Nacional de Literatura en el 2008]

EL CABALLERO CHARLES

—AH, AQUELLOS eran tiempos mejores —dijo el hombre— ¿verdad, doña Clarita? Entonces todo era distinto. Como decía la hermana del caballero Charles... ¿Cómo era aquello...? ¿Eh, doña Clarita?

—¿Eh...?

—Lo que decía la hermana del caballero Charles... Aquello de la opu... ¿Opu qué?

La mujer estaba tendida en la cama con los ojos cerrados, casi sin oír lo que el hombre decía. Los párpados le temblaban imperceptiblemente. Los entreabrió un poco.

—¡Qué opulencia y qué riqueza! —dijo y contrajo los ojos. Con una mano se aseguró que la bata de casa estaba bien cerrada y con la otra buscó un pañuelo. Después siguió oyendo la música del radio que tenía a su lado.

—Usted sabe lo que yo digo. ¿Eh, doña Clarita? El difunto Charles, que en paz descansa, sabía cómo vivir. ¡Qué trajes aquellos! Dril cien; sí señor, dril cien. ¿Se acuerda de *La viuda alegre*, de doña Esperanza Iris? Era toda una dama, una princesa doña Esperanza. ¿Verdad, doña Clarita?

—No tanto —dijo la mujer, abriendo los ojos por un instante. Volvió a cerrarlos y siguió escuchando la música. También sintió el gato de la vecina ronroneando por el pasillo. Había llegado a identificar todos los sonidos de la casa.

Hacía algunos años que Jacinto venía a verla todos los domingos por la mañana y decía las mismas cosas. Al principio le había servido de compañía, ahora le resultaba cargante. Después de un rato se marchaba. Había sido chofer de Charles durante 20 o 30 años; hasta su muerte.

—Yo apenas si salgo. Vengo a verla a usted. Y voy al cementerio a llevarle flores a mi madre, que en gloria esté y al caballero Charles, y más nada. ¿Para qué?

Se quedó en silencio un instante. La mujer sintió cuando la gata entró en el cuarto; siempre se echaba debajo de la mesa a esperar la comida que ella le daba todos los días.

—¿Se acuerda cuando Caruso cantó en La Habana?

La mujer asintió con la cabeza.

—Todavía me acuerdo. Lo veo clarito, clarito. Usted tenía aquel vestido rojo que tanto le gustaba al caballero Charles. Dicen que para entonces ya Caruso había perdido condiciones. ¿Qué cree usted, doña Clarita?

“Me lo ha preguntado tantas veces que no puedo recordarlas.” Le contestó que entonces Caruso conservaba sus facultades.

—Envidias de la gente... envidias de la gente. Había un jardinero gallego allá en la casa del caballero Charles, que decía que Lázaro era mejor cantante que Caruso.

¡Usted que los conoció a los dos; usted que estuvo en las tablas! ¿Qué cree usted, doña Clarita? —la mayoría de las preguntas no se las contestaba, así se marchaba más pronto.

—¿En, doña Clarita?

La mujer se incorporó. Se miró en el espejo. Estaba gorda y por debajo del tinte asomaban las canas. Ya casi nunca se miraba. Tampoco recordaba el día de su cumpleaños. En un tiempo vivía de recuerdos, de fechas, de momentos del pasado. Ahora le importaba más el presente, el poco presente que le quedaba.

—¿Usted estuvo en México varias veces, verdad doña Clarita?

—Ocho veces —dijo, tomando el gato de debajo de la mesa.

—¿Y trabajó allí, verdad doña Clarita?

Él lo sabía, pero siempre se lo volvía a preguntar. Sabía detalles de su vida mejor que ella. Tenía álbumes de fotografías y recuerdos de toda su carrera teatral, que Charles había guardado y que al morir él había logrado sacar de la casa sin que la esposa del otro se diera cuenta.

—Sí, yo trabajé allí.

—¿Con doña Esperanza Iris?

—Con la Iris.

—Ay, qué suerte la suya. Yo siempre lo he pensado: usted es una mujer de suerte, de mucha suerte.

Pensó decirle: “Qué sabe usted, Jacinto.”

En un tiempo ella también creía que era una mujer de mucha suerte. Miró al hombre un instante: observaba la fotografía de Charles que estaba sobre el escaparate. Después ella le pasó la mano por el lomo al gato, que ahora comía despacio lo que le había servido. El gato la miró y se relamió el hocico.

—Cuando usted y el caballero Charles se fueron a París y a Madrid y a todos esos lugares allá lejanos, en la Europa, yo los llevé a los muelles. Lo recuerdo clarito. Usted parecía una reina allí en el Packard, y el caballero Charles, que era lo que se llama un *gentleman*, un *gentleman* de verdad, llevaba unos pantalones de franela blancos y un saco azul. Todo el mundo tenía que ver con ustedes. Doña Eusebia, la hermana del caballero Charles, decía que él se parecía al príncipe de Gales. Todavía tengo en casa la tarjeta que ustedes me mandaron desde París. Yo todo lo guardo... Yo pensaba el otro día...

“En París, Charles me prometió que cuando regresáramos se divorciaría y nos casábamos inmediatamente. Después no volvió a hablarme del asunto hasta que seis meses después del regreso de Europa se lo recordé.

”—Yo sé, yo sé que te lo prometí, pero ahora vas a tener que esperar. Las cosas en casa no están bien. Vas a tener que esperar —dijo entonces.”

También le explicó que su hija Alicia ya iba a cumplir 15 años y que él quería ahorrarle un disgusto ahora. Iba a tener que esperar un poco. “Yo no había pensado nunca tener un hijo con él pero desde entonces traté de convencerlo que me serviría de compañía, pero Charles siempre se opuso.”

—Usted llevaba una pamelita rosa y unos impertinentes color nácar. Todo el mundo tenía que ver con ustedes.

—Ya hace mucho tiempo de eso, Jacinto.

—Para mí no —la miró por primera vez—; yo a veces pienso que no ha pasado ni un minuto —se llevó a la frente la mano y se puso a mirar por la ventana que estaba a su lado, por la que se veía el mar—; mi hermana Eloísa dice que yo sufro mucho por eso, pero yo creo que ella es la que sufre. Yo siempre tengo mis recuerdos. Ella dice que me olvide de todas esas cosas, que eso me hace daño, pero yo no quiero que me las quiten. A veces cierro los ojos y veo todo clarito. A veces oigo la voz del caballero Charles como si estuviera al lado mío. ¿Se acuerda cómo se reía, doña Clarita? Yo recuerdo todas las conversaciones de él y las cosas que me decía. Él me decía: Jacinto, tú eres un negro muy especial; tú eres un negro distinto; tú casi eres blanco... Qué gracioso... Eso me decía, doña Clarita. Yo todo lo recuerdo.

La mujer tomó un vestido del escaparate y entró en el baño.

Antes este hombre era parte de un esquema y ella jamás se fijó en él, ni lo analizó, ni lo juzgó. Era parte inevitable y eficiente de una serie de factores que hacían fácil su vida. Ahora le parecía otro hombre.

Salió del baño y fue al espejo. Mientras ella se empolvaba la cara, el hombre seguía mirando por la ventana.

—Yo empecé a trabajar con el caballero Charles en el gobierno del general Menocal —dijo sin volverse—. Cuando las famosas peleas de conservadores y liberales. Cómo ha llovido desde entonces; sí señor. Yo entonces jugaba pelota en el antiguo Almendares. Yo le batié una vez un jonrón al gran Adolfo Luque.

Hizo una pausa y sonrió. Después se volvió para sentarse de nuevo en la silla:

—Me acuerdo como si fuera ahoritica mismo. Había un negrito muy refistolero que jugaba la primera base y me dijo que le habían hablado de un puesto de chofer, que si yo lo quería. Él creo que trabajaba a medias un fotingo en la plaza del mercado con un primo suyo. Y además tenía delirio de jugar en las grandes ligas y todo eso. Decía que si Luque se lo iba a llevar para el Norte, que para aquí, que para allá.

La mujer se estaba peinando y lo miró por el espejo. Ahora parecía más interesada.

—Figúrese, yo estaba pasando una canina tremenda. En casa éramos doce para comer y prácticamente lo único que entraba era lo que hacía mi hermana Eulalia, que era modista y trabajaba para el modisto Bernabeu, y lo que ganaba mi madre, que no era mucho la pobre, lavando para afuera. Entonces este negrito amigo mío, Genovevo, Genovevo se llamaba, hace rato que tenía en la punta de la lengua el nombre. Genovevo me llevó a ver al caballero Charles.

La mujer había terminado de arreglarse y tomó un bolso que había encima de la cama.

—Jacinto, yo tengo que salir a hacer unas compras; usted me va a perdonar, pero...

—Yo la acompaño, doña Clarita, yo la acompaño con mucho gusto. No faltaba más.

Ella lo miró un instante muy seria, como si fuera a decirle algo importante y por fin dijo:

—Bueno.

Salieron al pasillo.

—El caballero Charles me recibió en su despacho en la Manzana de Gómez y yo le entregué el papelito que me había dado Genovevo, y él lo leyó así serio como acostumbraba él. Y yo en seguida me dije que me gustaba aquel hombre. Y él terminó de leer el papel y...

Pasaron frente a una puerta abierta y una mujer muy gorda vestida de blanco que estaba sentada en un sillón abanicándose lentamente los miró y dijo:

—Oiga vecina, ¿dónde va tan elegante?

—A unas compras —contestó la otra.

—... y después me dijo que empezara a trabajar el lunes. Era un sábado; un sábado o un viernes, no lo recuerdo bien.

—Oiga, Fefa, yo le di a la gatica un poco de picadillo y un poco de arroz que me sobró del almuerzo.

—Gracias, vecina. ¿Y cómo ha seguido del reuma?

—Mejor, mejor. Creo que me voy a ir a dar unos baños sulfurosos a San Diego con una amiga mía, a ver si se me acaba de quitar. He pasado unos días muy adolorida, pero ya estoy mejor —comenzó a caminar—. Hasta luego, Fefa, hasta luego.

—Adiós, vecina, que se mejore. Si ve a Julito me lo echa para acá, que quiero mandar a buscar algo a la bodega.

El hombre se había separado un poco de ella y la observaba sonriente. Bajó la cabeza y dijo:

—Yo le contaba que fue un sábado o un viernes cuando conocí al caballero Charles...

—Fue un sábado, Jacinto; ya usted me lo ha contado otras veces.

El hombre pareció no oírla.

—Sacó diez pesos de la cartera y me dijo que me comprara una camisa blanca y una corbata negra y una gorra y que estuviera el lunes a las ocho de la mañana en su casa. Así empecé con el caballero Charles. Yo nunca me olvido. —La mujer caminaba delante, sin oírlo, sin apenas percatarse de él. Él se había puesto la gorra que hasta ahora había llevado en las manos y trataba de alcanzarla.

“El día que le dije a Charles que estaba preñada, se quedó un rato sin decir nada y después dijo:

—Mira Divina, eso no puede ser. Yo conozco un médico que te puede hacer un curetaje. Es un amigo mío de toda la vida y es un buen médico. Vive aquí cerca, en la calle San Lázaro. Yo te voy a llevar esta misma semana. No te ocupes.

”Le pedí dos veces que me dejara tener el hijo, traté de explicarle que yo no tenía nada, que me dejara por lo menos el hijo.

—”Déjate de esas tonterías, Divina —dijo él—; tú sabes que eso no es posible. Tú me tienes a mí y tú tienes tu carrera. A ti no te falta nada. Eso hay que arreglarlo en seguida. Lo que se llama nada.”

Ella se fue a llorar a su cuarto y él le tocó varias veces la puerta y ella no le contestó y por fin él se marchó. Al día siguiente vino y le dijo que ya había arreglado todo con su amigo el médico y que al día siguiente por la tarde lo irían a ver.

—Yo al principio me ponía un poco nervioso con él. Era un hombre que inspiraba tanto respeto. Yo lo veía con los abogados y con toda aquella gente de dinero de los ingenios y veía con el respeto que lo trataban. El caballero Charles era una persona de pocas palabras, pero cuando hablaba inspiraba mucho respeto. Todo el mundo lo oía.

Ella estaba mirando unas frutas y el vendedor se acercó.

—¿Cómo está, señora, cómo sigue de su reuma? —le preguntó.

—Mejorcita, gracias. Estos mameyes... ¿a cómo son?

—Éstos a 25 y estos otros a 40. También tengo aquí unos zapotes preciosos —se agachó y sacó un cesto de debajo del carro—. Están dulcecitos como almíbar, señora.

—El día que enterramos a mi pobre madre —dijo Jacinto— el caballero me llamó y me dijo que no me ocupara de nada, que él iba a correr con todos los gastos. Sin contar el dinero que me había dado para las medicinas por adelantado y que después no me quiso cobrar. Y la corona que mandó. Era la mejor de todas, doña Clarita. La mejor.

Ella tomó uno de los mameyes y se lo dio al vendedor y comenzó a tantear los zapotes.

—Él siempre me dio muy buenos consejos. A él le debo el no haberme enredado con aquella viuda que tuve. Un día yo le conté el asunto y él me oyó todo el cuento y me dijo: “Mira, Jacinto, ¿por qué te vas a buscar una viuda con hijos? Búscate una muchacha jovencita igual que tú, si quieres casarte, y no te compliques la vida. Además, tú estás bien así como estás. No te compliques la vida.” Eso me dijo el caballero Charles. Él era un hombre muy bueno. ¿Verdad, doña Clarita?

“Íbamos en la cubierta del *Santa Rosa*. Un amigo de Charles que era agente teatral me había conseguido un buen contrato para trabajar en Colombia. A Charles le gustaba que yo cantara. Yo creo que lo estimulaba, que lo ponía en contacto con un mundo que a él siempre le había atraído mucho: una vez me dijo que su gran ilusión hubiera sido ser actor. Habíamos planeado el viaje durante varios meses. Charles tenía unos negocios en Colombia y los había tomado como excusa para irse conmigo. Siempre que yo trabajaba fuera de La Habana le gustaba acompañarme, ver quiénes trabajaban conmigo, leer la música que iba a cantar y hasta aprobar el vestuario que iba a usar. Él decía que no me podía dejar sola porque a mí me faltaba malicia y sentido práctico para tratar con esa gente que él decía era muy inmoral y muy astuta. A mí me gustaba ver la aurora. Nos levantábamos muy temprano y nos íbamos a la proa del barco a ver salir el sol. Lo hacíamos casi a diario. Charles me tomaba del brazo y nos quedábamos allí casi sin hablar. Eran momentos de gran placer que nunca olvidaré. Una mañana mientras estábamos allí Charles vio un matrimonio amigo de él y de su mujer paseando por la cubierta. No nos vieron pero Charles, como medida de precaución, no se dejó ver más en público conmigo. Él siempre decía: lo más importante en la vida es guardar las apariencias.”

Doña Fefa había vivido durante veinte años al lado de doña Clarita. En verdad no eran amigas, pero siempre se habían respetado y sentido un afecto mutuo. Doña Fefa era viuda. Su marido había trabajado cuarenta años como tenedor de libros. Nunca tuvieron hijos. Una mañana amaneció muerto a su lado. Ahora sólo hablaba de él cuando iba al cementerio una vez al mes. Siempre lo llamaba “el pobre Faustino”. Doña Fefa tenía una gata y un canario a los que hablaba el día entero. Ella afirmaba que entendían todo lo que les decía. A veces doña

Clarita llegó a pensar que esto era algo más que una locura, como afirmaban los otros vecinos de la casa.

Doña Fefa estaba preocupada por doña Clarita. Últimamente la veía muy pálida y la sentía durante toda la noche caminando por el cuarto y ya no la oía cantar como antes, que siempre entonaba trozos de zarzuelas y operetas. Ella, que siempre se había conservado tan joven, de pronto había envejecido visiblemente. El rostro se le había endurecido. Hacía tiempo que quería decirle todas estas cosas, pero doña Clarita era una mujer tan hermética y tan fuerte que ella temía una respuesta intempestiva.

Doña Fefa estaba pensando todas estas cosas y pasándose un cepillo por su pelo largo y canoso, como hacía todos los domingos, cuando pasó doña Clarita con Jacinto.

—Oiga, vecina —le dijo—, he estado pensando en una medicina que tomaba el pobre Faustino para el reuma y que a usted seguramente le iba a sentar.

Doña Clarita se detuvo un instante y Jacinto le sonrió a la mujer.

—Yo estoy tomando unas píldoras y creo que si me voy a dar los baños a San Diego se me pasará.

—Yo le voy a buscar un pomito que tengo por ahí guardado para que las pruebe, vecina. A ver si le asienta.

Le dijo que estaba bien y siguió caminando para su habitación.

Mientras ella pelaba unas papas y después cuando se fue detrás del paraban a ponerse de nuevo la bata, Jacinto decía:

—Yo a veces me pongo a pensar... no sé... ¿Usted cree en el más allá, doña Clarita?

Ella encogió los hombros para decir que no sabía.

—Yo antes no creía en esas cosas porque pensaba que era cosa de brujería y esas cosas atrasan, pero un amigo mío muy inteligente me dio los libros de ese científico Alan Kardec y además conocí hace algún tiempo a la hermana Blanca Rosa, una médium que vive por allá por Mantilla, y la verdad que he tenido muy buenas pruebas. ¿Usted sabe que yo he hablado con mi madre, que en paz descanse?

Ella lo miró un instante y después le dijo que no.

—Mire, yo nunca hablo estas cosas con nadie, pero yo siempre he pensado que usted es como de mi familia, y usted perdone el atrevimiento, y yo le digo que yo he hablado con mi madre. Para mí ha sido un gran consuelo. Usted, ¿sabe una cosa, doña Clarita?, yo creo que usted debía ir a verla.

—Yo, ¿para qué?

—Pues, a mí me parece que sería bueno para usted ver si se comunica con el caballero Charles... Usted está tan solita aquí todo el tiempo... Sería un gran consuelo. ¿No cree usted?

Ella estaba quitándose la bata detrás del paraban y se quedó un instante pensando lo que iba a contestarle.

—Yo no creo en esas cosas, Jacinto.

—Hay que tener una fe, doña Clarita, la fe salva.

No le contestó. Cuando salió, Jacinto se le quedó mirando y no le dijo nada. Parecía contrariado. Ella fue a la cama y se tendió con gran cuidado.

—Jacinto —le dijo y él miró con atención—, el domingo que viene yo no voy a estar aquí, así que no venga. Voy a darme unos baños a San Diego.

—Entonces será el otro domingo, doña Clarita.

—No, el otro domingo todavía no estaré aquí. Mejor es que me llame por teléfono.

Jacinto se quedó mirando al suelo y haciendo unos guiños, como hacía siempre que estaba nervioso.

—Está bien, doña Clarita; yo la llamo. Está bien —se puso de pie—; yo creo que ahora me voy yendo. Mi hermana me pelea si no estoy para el almuerzo.

Ella sonrió.

—Bueno, hasta luego, doña Clarita. Que se mejore de sus males. Hasta luego.

—Adiós, Jacinto.

Lo vio irse y después cerró los ojos. Sintió a doña Fefa meciéndose lentamente en el sillón, el motor del tanque de agua, un radio lejano, una pila que goteaba, el burbujear del agua en que se cocían las papas, el aire batiendo las cortinas de la ventana. Abrió los ojos un

instante y miró el retrato de Charles. Volvió a cerrarlos en seguida.

COMENTARIO

Durante el último decenio, Cuba se ha convertido en uno de los centros culturales de América. Respecto al cuento, se han publicado unos cien tomos y unas diez antologías, tanto en La Habana como en Madrid, Buenos Aires, Montevideo, Lima y México. Los autores provienen de cuatro promociones literarias. De los que se identifican con la *Revista de Avance* sobresale el novelista Alejo Carpentier (1904). En la segunda promoción se destacan dos verdaderos cuentistas, Virgilio Piñera (1912), de afiliación fantástica, y el criollista Onelio Jorge Cardoso (1914). De los autores que nacieron entre 1923 y 1935 y estrenaron en la década del 50, siete residieron durante mucho tiempo en los Estados Unidos y todos parecen obsesionados por la angustia existencialista. Los más importantes son Calvert Casey (1923-1969), Humberto Arenal (1926), Guillermo Cabrera Infante (1929) y Antonio Benítez (1931). De la promoción más joven, los nacidos por 1940, se han distinguido más Jesús Díaz Rodríguez (1941), Reinaldo Arenas (1943) y Ana María Simó (1943).

Los cuentos de estas cuatro promociones pueden dividirse principalmente en tres categorías temáticas: la persecución y la tortura de los revolucionarios urbanos por los esbirros batistianos; la soledad, la angustia y la falta de idealismo en la vida prerrevolucionaria; el cuento fantástico o de ciencia-ficción.

En “El caballero Charles” Humberto Arenal se sirve de una historia personal para captar el espíritu no sólo de la gran época cubana de la primera Guerra Mundial sino de la Cuba prerrevolucionaria en general. El caballero Charles, por su nombre, por su opulencia, por sus viajes al extranjero, por sus contactos con los abogados y con los dueños de los ingenios, simboliza al cubano rico y xenófilo que explotaba a sus compatriotas apasionados por la música (doña Clarita) y por el béisbol (Jacinto). Ese mundo ya se acabó: el caballero Charles está muerto; doña Clarita sufre del reuma en medio de una gran soledad; Jacinto se alimenta de los recuerdos. Para indicar que el sufrimiento de doña Clarita no se debe al carácter ilícito de sus amores, el autor nos presenta al personaje igualmente trágico de doña Fefa cuyo marido, tenedor de libros por cuarenta años, tampoco le dejó hijos.

La tensión dramática del cuento se basa en el contrapunto entre los recuerdos de Jacinto y los de doña Clarita. Mientras ésta no guarda ninguna ilusión sobre el carácter de Charles, prefiere no desengañar al chofer negro que todavía mantiene la mentalidad del esclavo. En efecto, se subraya la castración psicológica de Jacinto por el marco del cuento: doña Clarita tendida en la cama.

La soledad de los personajes en el momento actual se recalca por la falta de verdadero diálogo. El narrador penetra en la psicología de los personajes pero no les permite independizarse. Con un estilo muy sencillo (frases muy breves, ritmo lento, tono antidramático, ausencia de imágenes, uso frecuente de “el hombre” y “la mujer”, de “él” y “ella”) y el gato existencialista, Arenal logra pintar un mundo totalmente desprovisto de ilusiones. Los personajes sólo existen.

Por eso, el desenlace feliz (desde el punto de vista de doña Clarita) es ilusorio. Aunque logra mostrarse bastante enérgica para despedir definitivamente a Jacinto —contrástese el “hasta luego” de éste con el “adiós” de ella—, doña Clarita queda sola en su cama atenta a los pequeños ruidos que delatan la insignificancia de la vida humana.